

Andrea Catone

**PROBLEMA NACIONAL
Y NACIONALISMOS
EN LA URSS**

LA FARGA EDICIONS

Título original: *Questione nazionale e nazionalismi in URSS*
Publicado en italiano en *Marx Centouno. Rivista internazionale di dibattito politico*, Milano, 1993

Traducción: Artur Obach

Primera edición: 1994

Copyright para España:
LA FARGA EDICIONS, SCCL
C/Lleida, 1
08290 Cerdanyola del Vallès

DLB - 11.089-94 Impreso en G2B gràfic, S.L.

Guerras abiertas y sangrientas (como entre Armenia y Azerbaijón), o conflictos que proliferan con trasfondo étnico y nacionalista afectan a gran parte de los territorios y poblaciones de la ex Unión Soviética, evocando el fantasma de una explosión de tipo yugoslavo de proporciones enormemente mayores y con consecuencias mucho más trágicas. Pero es toda el área de los países que se definieron como de "socialismo real" los que están traspasados por conflictualidades de trasfondo étnico o nacional.

Este estallido de fiebre nacionalista es corrientemente explicado recurriendo casi íntegramente al peso de la herencia del pasado: en la URSS, se dice, el problema nacional nunca se resolvió de verdad, y si en el pasado el conflicto no estalló en las formas devastantes que hoy conocemos es tan sólo porque era comprimido y reprimido por un Estado autoritario. Pero, apenas levantada, con la *glasnost'* gorbachoviana, la tapadera, todos los demonios que hervían en la olla han saltado con violencia tanto mayor cuanto más dura había sido la represión.

Otra versión del mismo teorema que sitúa en la herencia del pasado el principal responsable de la explosión de los conflictos interétnicos es aún más despiadada: no sólo el "socialismo real" no habría afrontado adecuadamente los problemas nacionales existentes, antes del advenimiento de los partidos comunistas al poder, en el imperio ruso, en los Balcanes y en la Europa centro-oriental, sino que precisamente ese sistema estaría, en tanto que sociedad totalitaria que desconoce sistemáticamente los derechos del individuo y de las comunidades, en el origen de la exasperación de los problemas (que podían hallar solución, en cambio, en las sociedades "abiertas").

Que en el actual estallido de nacionalismos en la ex URSS esté presente el peso ineludible de la herencia del pasado - tanto en el aspecto de problemas antiguos no resueltos por el socialismo real, como en el de problemas producidos por el mismo - es indudable, como es indudable que en cualquier fenómeno del presente hay trazas del pasado.

Estas tesis, que hacen del pasado estaliniano, y luego kruschoviano y brezhneviano (que no son precisamente una misma cosa, tampoco por lo que respecta a los problemas nacionales), el principal, si no el único responsable (y el chivo expiatorio) de los

desastres actuales, son en cierto modo "tranquilizantes" (¡desde el punto de vista cognoscitivo!), nos suministran un esquema interpretativo consolidado: Lenin entabla precisamente sobre los problemas nacionales su "última batalla" (cf. la interpretación de M. Lewin); Stalin se le opone radicalmente, abrazando el chovinismo gran-ruso en detrimento de minorías nacionales que son oprimidas y explotadas, con el resultado de hacer de la URSS una nueva "cárcel de los pueblos", comparable a la de la Rusia zarista; un fuego nacionalista, alimentado por la represión que se incubaba bajo las cenizas, incendia al fin la pradera, contribuyendo a la disolución de la URSS.

Pero dichas tesis acaban ocultando - conscientemente o no - el papel jugado en la actual crisis nacionalista por la política gorbachoviana, por los intentos de "paso a la economía de mercado" que han acompañado la disolución de la URSS, en definitiva el papel de las lacerantes contradicciones del presente.

El problema no es banal si se quiere tratar de comprender la naturaleza de la explosión nacionalista actual: ¿es un fenómeno esencialmente nuevo, enmarcable en el contexto de la nueva situación mundial que se determinó tras la victoria

occidental de la guerra fría, y que hay que leer mediante las categorías adecuadas; o puede acaso leerse en lo fundamental según los viejos esquemas? ¿Prevalece, en resumidas cuentas, la venganza del pasado, de un pasado que no pasa, o nos hallamos ante lo nuevo que se viste aún con las prendas, trágicas y sainetescas a la vez, del pasado?

1. El 'problema nacional' y los bolcheviques. Ambigüedad del principio de autodeterminación de las naciones.

El imperio zarista era una "cárcel de los pueblos", para romper la cual los bolcheviques, y Lenin de manera particular, habían enunciado el principio de la autodeterminación nacional *do otdelenija*, hasta la separación. La enunciación de tal principio se basaba en el presupuesto de una sustancial correspondencia entre nación y territorio; tal correspondencia es, para Stalin, en su célebre escrito de 1935 sobre el marxismo y el problema nacional, una condición necesaria para que exista nación. Sin embargo, en el principio de la autodeterminación nacional se esconde un doble equívoco.

Primero: no existe una correspondencia pura entre "nación" y territorio, que permita la formación de un Estado para cada nación: si esto resultaba visible ya a inicios del siglo - cuando Otto Bauer, desde el seno del más avanzado imperio habsbúrgico, propone un concepto de nación esencialmente fundado en una comunidad de cultura e historia, pero no

necesariamente ligado al territorio - más manifiesto aún es en este fin de milenio, cuando las exigencias del desarrollo industrial desplazan a millones de personas de un territorio a otro, modificando profundamente la composición "nacional" y haciendo a los territorios cada vez menos nacionalmente homogéneos. La aplicación integral del principio de autodeterminación se presenta como problemática.

Pero, sobre todo, hay un deslizamiento de la noción de autodeterminación nacional, que, como señalaba Carr, estaba inicialmente ligada al principio expresado por la revolución francesa, de la soberanía *popular*, contrapuesta al soberano absoluto y reinante por voluntad divina: autodecisión del pueblo contra autocracia.

El pueblo-nación se definía esencialmente en términos políticos, no étnicos, en contraposición al poder nobiliario y absolutista, no por distinción/contraposición con otros pueblos-nación, como acaecerá más tarde. En Lenin, que lucha contra el imperio autocrático zarista y saluda con simpatía todo movimiento nacional que mine sus bases, se confunden el principio democrático-revolucionario de autodecisión popular y el de autodeterminación étnico-nacional.

2. La constitución de la RSFSR

Con el triunfo de la revolución, los bolcheviques heredan todos los problemas nacionales del imperio zarista. El principio de la autodeterminación de las naciones sigue constituyendo, si bien en condiciones profundamente modificadas, la brújula de la política bolchevique de las nacionalidades.

Acto seguido a la toma del poder, la *Declaración de los derechos de los pueblos* (noviembre de 1917) proclama la igualdad y la soberanía de los pueblos de Rusia; su derecho a la libre autodeterminación, hasta la separación y la formación de Estados autónomos; la abolición de toda restricción de carácter nacional y nacional-religioso; el libre desarrollo de las minorías nacionales y de los grupos étnicos que pueblan el territorio de Rusia. De esta posibilidad hace uso Finlandia: su independencia es inmediatamente reconocida por el gobierno soviético.

El nuevo Estado se proclama desde su nacimiento República Soviética *Federativa* Socialista Rusa a pesar de que la tradición del partido bolchevique hubiera sido decididamente antifederalista hasta

pocos meses antes de *Octubre*. En abril de 1917 Stalin (cf. el artículo *Contra el federalismo*) polemiza contra una solución federal para Rusia, según el modelo de los Estados Unidos (que él considera federación sólo *pro forma* y de hecho Estado unitario): "la tendencia de la historia - escribe - no va hacia el federalismo, porque el desarrollo del capitalismo exige una forma de vida estatal unitaria; la federación puede ser concebida cuando mucho como *forma transitoria*", (Stalin, 1954, tomo 3, p. 25).

Y como *forma de transición* hacia una república centralista Lenin concibe una solución federal en *El Estado y la revolución* (agosto de 1917). Sólo tras *Octubre* hay un reconocimiento abierto de la solución federal. En la *Declaración de los derechos de los trabajadores y del pueblo explotado* (enero de 1918), redactada por Lenin y aprobada por el Comité central del partido, se dice "La república soviética se constituye sobre la base de la libre unión de naciones libres, como federación de repúblicas soviéticas nacionales". La federación, sin embargo, es pensada en todo momento como forma de transición hacia una superior unidad (cf. el programa adoptado por el VIII congreso del PCb y las tesis sobre el problema nacional del II Congreso del Komintern de julio-agosto de 1920). La conversión

al federalismo por parte del PCb viene dictada, por lo que nos dice Stalin en una nota de 1924, esencialmente por los hechos: en 1917-18, con la disolución del imperio zarista, el peso específico del movimiento nacional se revela mucho más grave y la vía de unificación de las naciones mucho más compleja de cuanto pudiera parecer antes, en el período prebélico o antes de *Octubre*; la propuesta de federación se muestra como la solución más adecuada para hacer frente al proceso centrífugo de las diversas nacionalidades y permitir el acercamiento de las masas trabajadoras (Stalin, 1954, tomo 3, p. 31).

El proyecto de nueva Constitución federal es elaborado en tiempos bastante breves por una comisión presidida por Sverdlov y compuesta, entre otros, por Bujarin, Pokrovsky y Stalin, en su función de comisario del pueblo para las nacionalidades. Y es este último el que delinea de modo bastante neto los rasgos del nuevo Estado. La federación rusa es una "unión de territorios históricamente distintos y diversos tanto por su modo de vida específico como por la composición nacional". Sólo pueden ser sujetos de la federación determinadas regiones, que reúnen naturalmente en sí peculiaridades de modos de vida, de composición nacional y unidad territorial y económica. Ese es el caso de Polonia, Ucrania,

Finlandia, Crimea, Transcaucasia (que Stalin no excluye que pueda dividirse en una serie de unidades nacional-territoriales, de georgianos, armenios, azerbaijanos-tártaros, etc.), el Turkestán, Kirguizia, el territorio tártaro-bashkir. Por lo que respecta a las competencias, corresponden al centro la defensa, política exterior, transportes ferroviarios, correos, acuerdos comerciales, política financiera y bancaria; a las regiones federadas el modo de ejecutar los decretos comunes, la educación, la justicia, la administración.

En 1918 Stalin está contra el idioma de Estado obligatorio: cada región elige la lengua o lenguas que corresponden a la composición de su población, respeta plenamente la paridad de derechos de las lenguas tanto de las minorías como también de las mayorías en todas las disposiciones sociales y políticas (Stalin, 1954, tomo 4, pp. 66-73).

La Constitución de la RSFSR es aprobada por unanimidad en el V Congreso de los Soviets de toda Rusia el 10 de julio de 1918. El término federación - señala Carr - no es usado nunca en el cuerpo de la constitución. La extensión y la composición de la federación, así como, en su mayor parte, su aparato constitucional, quedan indefinidos. Esto por otra parte se explica fácilmente, dada la precariedad de

las condiciones existentes en el tiempo en que la constitución se redactó. En sus principios generales la constitución prevé la posibilidad de incorporar regiones autónomas (Carr, pp. 129-30).

En el período de la guerra civil y de la intervención extranjera contra la revolución la situación sigue siendo bastante móvil. La organización es en todas partes embrionaria, las fronteras a menudo controvertidas. Sólo con la progresiva afirmación del control soviético sobre el territorio se define también la situación institucional de las repúblicas y regiones autónomas de la RSFSR.

La RSFSR se estructura internamente mediante repúblicas autónomas, regiones autónomas, distritos autónomos, "según una escala jerárquica derivada de su consistencia numérica, de la homogeneidad de su población en relación al territorio de pertenencia y por último, en algunos casos menores, de su 'calidad' cultural" (Salvi, p. 18). En febrero de 1920 se prepara una constitución tipo, que es aplicada con variantes locales en los dos años siguientes a las repúblicas autónomas de la región del Volga, del Cáucaso y de Crimea. Cada una de las repúblicas autónomas tiene no sólo su propio congreso de los Soviets con el correspondiente comité ejecutivo, sino también sus propios comisariados del pueblo con el

correspondiente *Sovnarkom*.

La RSFSR resuelve el problema nacional en su seno, según las líneas enunciadas por Stalin en 1918. Comprende ya inmensos territorios y variadísimas etnias, a quienes se reconoce por primera vez un estatuto autónomo. El principio general en base al que se crean repúblicas autónomas en la RSFSR es el de la homogeneidad étnica en el territorio.

Antes de la constitución de la URSS en diciembre de 1922 se cuentan en la RSFSR ocho *repúblicas autónomas* y trece *regiones autónomas* (Carr, 381). Se puede observar fácilmente que la RSFSR de entonces no es en modo alguno igual a la que constituye hoy la república rusa tras la disolución de la URSS. Forman parte del enorme territorio de la federación rusa *todas las actuales repúblicas del Asia central*, salvo los relativamente pequeños territorios de Korezm y Bujará.

3. La formación de la URSS

En los años de la guerra civil toma cuerpo una alianza político-militar entre las repúblicas soviéticas constituidas sobre las cenizas del imperio zarista, con mando militar único, único sistema de comunicaciones, legislación común en las materias más importantes, sistema monetario único y única política exterior, por lo que la RSFSR, en la negociación con los otros países y en la conclusión de tratados, asume la tutela de los intereses de las otras repúblicas.

En 1922 los bolcheviques deciden pasar de una situación caracterizada por acuerdos bilaterales y aún precaria a un proyecto de federación entre todos los Estados. Pero la federación no es concebida por todos los bolcheviques de igual modo. El proyecto redactado por Stalin reproduce el modelo de la RSFSR: la federación se realiza a través de la adhesión a la RSFSR de las repúblicas aún independientes; en el seno de la RSFSR las repúblicas gozarán de un estatuto de *autonomía*, pero no de soberanía y aceptarán como órganos

federales de poder los de la RSFSR. El proyecto de Stalin es aprobado por Armenia y Azerbaiján, pero criticado por los ucranianos, que apuestan por el mantenimiento de relaciones bilaterales, mientras los georgianos se oponen abiertamente.

Lenin, en cambio, piensa en la constitución de un organismo absolutamente nuevo, para unir sobre bases de igualdad a todas las repúblicas, en idénticas condiciones la república rusa y las otras. La preocupación de Lenin es principalmente política: teme que métodos expeditivos alimenten el nacionalismo, en lugar de atenuarlo y resolver el problema nacional.

El 30 de diciembre de 1922 nace la URSS como unión de cuatro repúblicas formalmente independientes: la Federación rusa, Ucrania (entonces relativamente más pequeña, sin Crimea y los territorios occidentales anexionados en 1939), Bielorrusia (también esta más pequeña) y la Federación transcaucásica (impuesta de hecho por los bolcheviques para limitar el exasperado nacionalismo de los georgianos).

A inicios de 1924 los congresos de los soviets de las repúblicas federadas ratifican la constitución de la URSS, que se modela en gran parte sobre la

estructura constitucional interna de la RSFSR: a) asuntos de exclusiva competencia del centro; b) comisariados unificados: decisiones tomadas en el centro pero ejecución delegada a las autoridades locales; c) comisariados de las repúblicas sin su correlativo en el centro. A diferencia de la RSFSR, sin embargo, el ordenamiento constitucional de la URSS instituye, junto a los ya existentes estatutos de república autónoma, región autónoma y distrito autónomo, el de república socialista soviética. Esta última tiene formalmente todas las prerrogativas de un Estado nacional soberano y la posibilidad de separarse de la Unión. Un capítulo especial, *Los derechos soberanos de las repúblicas federadas y la ciudadanía federal*, precisa que cada república federada ejerce de modo autónomo el poder estatal sobre su propio territorio y conserva el derecho de separación de la Unión; su territorio no puede ser modificado sin su consentimiento (Gusev, 144).

Es preciso señalar que la formación del Estado soviético, más que el acontecimiento definido por el acto formal de constitución de 1922, es el resultado de un proceso de decenios, con la constitución de nuevas repúblicas federadas, el desplazamiento de fronteras territoriales, la supresión de repúblicas autónomas y distritos y la creación de nuevos. Un proceso que se estabiliza sólo a principios de los

años 60.

A los pocos años de la firma del tratado, el número de repúblicas federadas (con derecho formal de separación) aumenta. En el transcurso de dos decenios Asia central, que antes formaba parte de la RSFSR, queda dividida en cinco repúblicas: en 1924, se divide el Turkestán en las repúblicas federadas de Uzbekistán y Turkmenistán y en las autónomas de Kirguizia y Tadjikistán; en 1929 este último accede al estatus de república federada, atribuido en 1939 también a Kirguizia y, también de la RSFSR, es separado el inmenso territorio del Kazajstán. En 1936 la federación transcaucásica se escinde en las tres repúblicas federadas de Armenia, Georgia y Azerbaiján. Las cuatro repúblicas federadas de 1922 se han convertido en once en vísperas del segundo conflicto mundial, después del cual entran a formar parte de la Unión las tres repúblicas bálticas (Letonia, Estonia y Lituania) y Moldavia.

Pero las alteraciones de estatus no acaban ahí: en 1956 Crimea, que formaba parte de la RSFSR se convierte en república autónoma dentro de Ucrania; la república federada carelo-finesa pasa en cambio a república autónoma de la RSFSR ya que la mayoría de la población es en ese momento rusa.

4. La política de las nacionalidades en los años Veinte

Si la historia soviética en general y la historia de la URSS estaliniana en particular no pueden leerse como un bloque único, estos es aún más imposible en lo que concierne a la política de las nacionalidades.

La constitución de la URSS en el 22 no es más que el inicio de un proceso en el que se trata de dar un ordenamiento institucional al problema de las nacionalidades, sobre la base del principio de autodeterminación nacional, con algunos ajustes tácticos dependientes de las variadísimas situaciones concretas. Los años Veinte son un laboratorio riquísimo de experimentación y puesta en práctica de este principio.

En primer lugar se trata de situar el problema de las nacionalidades en un terreno igualitario y paritario: *todas* las culturas nacionales sin discriminación son salvaguardadas, promovidas, alentadas, ayudadas a desarrollarse con todos los medios, prodigados sin ahorro por el Estado soviético, a pesar de las

dificultades económicas. Se reserva gran atención al estudio de las especificidades de las culturas y, sobre todo, de las lenguas, consideradas como un atributo esencial de la nacionalidad. Se pone en marcha una compleja y delicada operación de ingeniería lingüística: toda formación administrativa nacional *debe* tener una lengua. Se elige, para las lenguas asiáticas, el alfabeto latino como factor de simplificación y modernización según el ejemplo de Turquía. En la región centroasiática se lleva a cabo por primera vez en la historia la alfabetización de los nativos en sus lenguas estandarizadas (muchas de las cuales no tenían tradición escrita).

No se trata sólo de la promoción de las culturas y de las lenguas, sino de favorecer la promoción de los cuadros nacionales. La consigna es la de la *indigenización* de los cuadros en cada lugar y en cada nivel. Las repúblicas nacionales deben tomar en sus manos su propio destino y ser dirigidas por sus propios cuadros. Pero esto significa también recurrir a las viejas élites nacionales.

La política de las nacionalidades de los años Veinte, del "período dorado de la construcción del socialismo" (Salvi, 335), dando forma estatal, con territorios y fronteras bien delimitados, un idioma nacional difundido a nivel de masas a través de las

instituciones escolares, el desarrollo de una cultura y tradición nacionales a través de academias y centros de cultura nacionales, promoviendo el acceso al gobierno de las repúblicas de cuadros nacionales - en distintos casos ligados a las viejas élites nacionales - favorece y acelera la *construcción* de las naciones en gran parte del territorio de la URSS. Sin la presencia de esta forma estatal - república federada o república autónoma - con todo lo que la misma implica, la construcción de la nación no hubiera sido posible y numerosas naciones, de la bielorrusa a la ucraniana, no se habrían desarrollado.

También bajo el aspecto del problema nacional la formación de la URSS representa una ruptura radical con el viejo imperio zarista: la Rusia soviética no se comporta con Ucrania como la monarquía francesa con Occitania.

Pero la construcción de las naciones debe conciliarse con la construcción del socialismo en toda la Unión, con la construcción de una comunidad de relaciones sociales y económicas supranacionales, que precisa para su desarrollo de una lengua de comunicación y de un sentimiento comunes. ¿Cómo construir, junto a las culturas nacionales uzbeka, ucraniana, armenia, etc., una cultura nacional y una nación soviética? ¿Cómo evitar que la formación de una amplia capa

de intelectuales y cuadros administrativos nacionales abra las puertas al nacionalismo?

Construcción de la nación y, al mismo tiempo, de una comunidad supranacional pueden en cualquier momento entrar en vías de colisión. El éxito de la apuesta bolchevique por la construcción y desarrollo de las naciones y una comunidad supranacional socialista está, en última instancia, ligado al desarrollo de relaciones socialistas. La política soviética de las nacionalidades en los años Veinte piensa en un lento proceso de integración entre naciones diversas - construyendo al mismo tiempo las bases culturales ideológicas, pero también materiales e institucionales (escuelas, universidades, etc.) de dicha diversidad. Se construye la nación en la perspectiva de su superación en una comunidad internacional. Reto difficilísimo.

5. ¿Un giro hacia el nacionalismo ruso?

En los años Treinta se asiste a una modificación parcial de la política de las nacionalidades, pero no se puede aún hablar de un giro hacia el chovinismo gran-ruso, ni de política de asimilación y rusificación forzada, contra la que aún en 1930 (informe al XVI Congreso) Stalin se alinea abiertamente. La misma RSFSR, entre 1936 y 1939, se priva de inmensos territorios (el Kazajstán) para que se constituyan nuevas repúblicas.

Lo que en cambio está presente en estos años es un intento de simplificación e institucionalización de la estructura nacional. La simplificación viene atestiguada incluso por los censos: el de 1926 había establecido la existencia de 194 etnias; en el de 1939 se registran en cambio menos de 100 (no se tienen en cuenta las poco numerosas). Y así Stalin, en su informe sobre el proyecto de constitución de la URSS de 1936, habla de 60 *comunidades nacionales* (es el número de las que tienen reconocido algún estatus de república, región o distrito autónomos). Son liquidadas también algunas formas de división administrativa en base al

principio nacional, como los distritos nacionales y los Soviets rurales nacionales (en el 33 existían aún 250 soviets de distrito y 5300 soviets rurales). El sistema científico creado en los años Veinte para el estudio de los problemas nacionales y etnográficos (Comité de los pueblos del Norte, Oficina central etnográfica del Comisariado del pueblo para las nacionalidades, Comisión para el estudio de la composición tribal de Rusia y de los Países limítrofes, etc.), es parcialmente desmantelado (Bromlej, pp. 25 y ss.).

En 1932 es institucionalizada la pertenencia étnica con la introducción del sistema de los documentos de identidad con el término *nacionalidad* y el uso de numerosos cuestionarios oficiales con esta expresión. Dicha práctica, por una parte garantiza algunas nacionalidades, por otra empuja a la simplificación y restricción del número de nacionalidades.

A finales del decenio el alfabeto cirílico sustituye al alfabeto latino en la escritura de las lenguas centro-asiáticas.

Es la guerra la que sanciona de modo neto la inversión de la política de las nacionalidades de los años Veinte. La deportación de un millón de

personas aproximadamente, entre alemanes, calmujes, karachis, inguches, chechenos, balcares, tártaros de Crimea a las regiones orientales entre 1941 y 1944, castigados en masa porque una parte de ellos colaboraron activamente con los invasores nazifascistas, va pareja a la enunciación de la ideología del pueblo ruso como *hermano mayor*, guía de los pueblos de la URSS, sol que ilumina a las otras naciones. Es en estos términos con los que en adelante algunos himnos nacionales, como el uzbeko, se dirigirán al pueblo ruso.

En 1946 un decreto precisa que la deportación de los pueblos castigados comporta la supresión de los territorios nacionales de chechenos, inguches y tártaros de Crimea. Durante diez años estos grupos nacionales no tendrán ninguna existencia legal, ni ningún representante en el Soviet de las nacionalidades. Sólo a finales de los años 50 la mayoría de estos pueblos podrá restablecer su propia organización estatal nacional y volver a las tierras natales, recibiendo una ayuda consistente del gobierno central para la reorganización de una vida normal. Alemanes y tártaros deberán esperar aún más tiempo.

Es preciso sin embargo destacar que un programa de asimilación lingüística y cultural y un proyecto de

fusión de las naciones fue llevado adelante de modo explícito y directo no en la época estaliniana, sino en la de su sucesor crítico, Krushev. "Antes la enseñanza se impartía en las lenguas nacionales, mientras el ruso era sólo una asignatura de estudio obligatorio. A partir de 1958 se concedió a los padres la facultad de elegir para sus hijos las escuelas en lengua rusa como alternativa a las de lengua local y se permitió eximirles del estudio de la lengua local en las escuelas rusas. Dado que la lengua dominante en la alta cultura, en las instituciones y en los trabajos de prestigio era el ruso, se alentaba a los jóvenes estudiantes a repudiar su propia lengua en favor de la 'soviética'. Luego el gobierno central adoptó diversas medidas tendentes a favorecer la difusión del ruso y a mejorar su enseñanza desde los parvularios en adelante" (Buttino, 1992, pp. 20-21).

6. El período brezhneviano: compromiso entre repúblicas y centro; la ideología del pueblo soviético.

No se puede comprender la posterior crisis nacionalista en la URSS si no se toman atentamente en consideración los profundos cambios del veintenio brezhneviano. Es en este periodo, en efecto, más que en la construcción estaliniana donde hay que buscar las causas del malestar y de la crisis.

En el período brezhneviano no hay - a diferencia de los períodos anteriores - ulteriores ajustes institucionales para las repúblicas, pero se construye un mecanismo de compromiso entre dirigentes locales del Estado y del partido y el centro, basado esencialmente en el llamado "sistema de las cuotas", una praxis no establecida oficialmente, pero vivamente alentada por las autoridades, que regula el acceso a las universidades: cada grupo nacional tiene el derecho de mandar a la enseñanza superior un número de jóvenes proporcional a la cuota representada por el grupo nacional en la población global de la URSS. La iniciativa hubiera debido

favorecer el acceso de los jóvenes de los pueblos menos escolarizados, pero eso se produce sólo para los grupos nacionales titulares de república, que empiezan a afluir de manera masiva en las universidades. Ese sistema liga a los cuadros dirigentes nacionales de las repúblicas con el centro.

Tal ligamen está reforzado además, en particular en las repúblicas asiáticas, por un sistema de connivencias mafiosas que encubre fraudes, economía sumergida y transferencia de recursos notables del centro a las periferias, recursos que acaban en buena parte en manos de las mafias locales y no mejoran la estructura productiva (en algunas repúblicas centro-asiáticas la productividad incluso decrece). Este compromiso prevé pues - contrariamente a lo que sostienen los defensores de la tesis del hipercentralismo soviético - una delegación sustancial de poderes a los dirigentes de las repúblicas, que en Asia y en el Cáucaso, pero no sólo, han constituido auténticas mafias y potentados locales en el gobierno de las regiones.

El centro controla en forma muy parcial el empleo de los recursos destinados, que se pierden entre despilfarros y mafias, o permiten colosales fraudes (como el del algodón uzbeko, nunca producido en las cantidades declaradas). Los cuadros administrativos

y de partido obtienen ventajas de todo tipo con esta situación, en la que los no-nacionales (y entre ellos millones de rusos) son discriminados en el ascenso a funciones dirigentes. Los cuadros nacionales, por otra parte, aseguran la organización del consenso, que se mantiene mientras el modelo de desarrollo extensivo permite la creación de nuevos puestos de trabajo y garantiza un standard de vida aceptable.

Salvo algún caso aislado (conflictos armenios en Erevan por el Karabaj en 1965; algún *samizdat* del nacionalismo báltico, georgiano, ucraniano), en el período brezhneviano no se ponen de manifiesto tensiones nacionalistas o étnicas de relieve. Si se tiene en cuenta que se trata de un país inmenso en el que conviven más de cien nacionalidades y etnias y en el cual más de 60 millones de ciudadanos soviéticos viven fuera de la república titular de su nacionalidad, la URSS del período 1960-80 puede parecer verdaderamente el país de la *druzhba narodov*, de la amistad (o, al menos, de la no-enemistad) entre los pueblos. Nada comparable, por ejemplo, a los enfrentamientos étnicos y raciales que en los mismos años atormentan a los USA. La razón de esto no hay que buscarla únicamente en la represión que no obstante - en formas más discretas que abiertas - se ejerce a todos los niveles, sino sobre todo en este compromiso entre élites republicanas y

centro.

Añadamos, sin embargo, otro elemento que no puede pasarse por alto, y que ha sido, durante toda una fase, un poderoso antídoto contra el emerger de nacionalismos y racismos quebrantadores: la división de los trabajos y los empleos no pasa a través de la división nacional y étnica. No interviene como en los USA, la etnización de la fuerza de trabajo.

Esta situación de convivencia entre etnias y nacionalidades muy diversas es un dato real del modo de vida en la URSS de estos años y puede llevar a pensar que se esté constituyendo una comunidad de nuevo tipo. Muy lejana sin embargo de la idealización que hacen de ella los ideólogos del "socialismo desarrollado", que dan por descontada la constitución de un "pueblo soviético" de rasgos definidos: "El pueblo soviético es una nueva comunidad humana social e internacional, formada como resultado de las transformaciones socialistas y el acercamiento de las clases y sectores de trabajadores, de las naciones y los pueblos. Tiene una patria común, la URSS, un territorio común, una economía única basada en la propiedad social, una cultura única por su contenido socialista y multiforme por sus peculiaridades nacionales, y una lengua de comunicación entre las naciones, un

Estado federal de todo el pueblo y una meta común: la edificación del comunismo". Su formación como "nueva comunidad histórica" comenzó con el Octubre del 17, continuó en el proceso de edificación del socialismo, "pero sólo cuando la URSS entró en la etapa del socialismo maduro se pudo hablar de ella como de un fenómeno cualitativamente nuevo" (Kaltaiján, pp. 271-272).

Para comprender la subsiguiente explosión de los nacionalismos en el período gorbachoviano es preciso atender a la evolución (o mejor, involución) de las relaciones económicas: hasta inicios de los años 70 la economía soviética sigue su crecimiento extensivo y esto permite llevar a cabo una política redistributiva de los recursos que tiende a nivelar los desequilibrios de partida entre las regiones. Pero, a partir de la segunda mitad de los años 70, se produce una inversión de tendencia: aumentan las diferencias económico-sociales entre las repúblicas, que hasta entonces se habían ido reduciendo progresivamente (por ejemplo, en 1926 la máxima desviación en la producción industrial per capita entre las viejas regiones industriales y las periferias nacionales era de 38 veces, en 1941 dicha desviación se había reducido a 4,1 veces; cf. Bromlej, p. 91). La diferencia entre las repúblicas - en particular entre Asia Central y el Báltico - se acentúa: existen

muchísimos indicadores con los que esto se pone de relieve (productividad del trabajo, población residente en el campo, mortalidad infantil, etc.). El estancamiento económico reduce las posibilidades de transferencias de recursos de las regiones más ricas a las más pobres y genera un doble mecanismo nacionalista: de las regiones más desarrolladas, que intentan pagar cada vez menos a los otros; de las menos desarrolladas, que denuncian el diferencial de desarrollo.

7. La cuestión nacional en el período de la perestroika (1985-1991).

El compromiso brezhneviano resulta cada vez más difícilmente sostenible para el centro en el momento en que los recursos disponibles para distribuir van escaseando. (Y se hacen en términos relativos aún más escasos si añadimos el crecimiento demográfico de las regiones centro-asiáticas). El programa de reestructuración y racionalización económica que la *perestroika* se propone llevar a cabo pone inevitablemente en discusión este compromiso. Y aquí es donde hay que buscar en primer lugar las causas de la explosión nacionalista, como resulta de los conflictos de Alma Ata y de la guerra de Nagorno-Karabaj.

La política económica de la *perestroika* se plantea inicialmente una racionalización del sistema y el paso a un desarrollo intensivo, lo que presupone recorte de dispendios, atención puesta sobre los índices de productividad y rentabilidad, despidos o traslados de millones de trabajadores que la reestructuración industrial convertirá en superfluos. En la URSS el desequilibrio en el desarrollo

territorial se presenta con rasgos fuertemente acentuados: en las regiones centro-asiáticas y caucásicas crece el número de parados, que sin embargo no están generalmente dispuestos a trasladarse a las regiones noroccidentales (Báltico, Bielorrusia y Rusia occidental) donde existe una demanda insatisfecha de mano de obra (cf. Ortona; Buttino 1989).

El intento de racionalización económica comporta inmediatamente para un grupo de élites republicanas (Cáucaso, Asia central) el fin del anterior compromiso brezhneviano. Se trata de sustituir - por razones económicas y políticas a la vez - a las precedentes élites (que organizaban el consenso y la relación con la población a través de la concesión de favores y la distribución de recursos, con vínculos clientelares) por nuevas élites que persigan dinámicamente la reestructuración y reorganización de los procesos productivos. La propuesta del *kozrasciot republicano*, de la autonomía financiera y administrativa de las repúblicas se inserta plenamente en esto: para las repúblicas más pobres significa tener que contar cada vez menos con la redistribución de recursos por parte del centro.

El enfrentamiento entre centro y periferia por el poder de control y distribución de recursos es

también un enfrentamiento entre periferias distintas que pretenden pagar menos u obtener más. Pero en la medida en que estas periferias son también naciones (y la construcción de la URSS ha contribuido muchísimo a constituir las como naciones, cosa que en modo alguno acaeció, por ejemplo, en los USA), dotadas de los atributos formales de un Estado soberano, el enfrentamiento económico y político tiende inmediatamente a manifestarse en forma de reivindicaciones nacionalistas o de enfrentamiento étnico. El nacionalismo funciona como canal colector y ocultador a la vez de este enfrentamiento. Los conflictos de Alma Ata de diciembre de 1986 son, desde esta perspectiva, ejemplares. Cuando Kunaev, amigo personal de Brezhnev, es relevado de la secretaría del partido y sustituido por un ruso enviado desde el centro, su *entourage*, que ve en esto una amenaza a sus propios privilegios, incluidos los que derivan de su pertenencia a una determinada nacionalidad y a un determinado clan, instiga a los jóvenes parados y a los estudiantes esgrimiendo el resentimiento nacional.

Aparentemente se trata de revueltas nacionalistas contra las imposiciones del centro, por la defensa de la autonomía real de las repúblicas federadas. En la práctica es algo distinto. No se trata en efecto ni de

la reivindicación de salida de la Unión, ni de rechazo a una supuesta opresión gran-rusa, sino, manifiestamente, del desplazamiento hacia el nacionalismo de un descontento económico y social de capas sociales que ven menoscabarse unas garantías y perspectivas ocupacionales que estaban presentes en el horizonte hasta finales de los años 70. Es un descontento de abajo, promovido desde arriba.

Pero también el caso de la región autónoma del Karabaj (enclavada en el Azerbaiján, pero de mayoría armenia) que estalló violentamente en 1988, si bien con una larga historia específica de reivindicaciones nacionales a sus espaldas, puede leerse esencialmente desde esta óptica: en la confusa mezcla del nacionalismo de las regiones centroasiáticas y del Cáucaso se canalizan a un tiempo las tensiones generadas por el estancamiento económico y el intento de los grupos dirigentes de las repúblicas de mantener el viejo compromiso brezhneviano.

Este nacionalismo "asiático" no es en sus inicios separatista, aun cuando los grupos que lo promueven y organizan acentúan las tonalidades anti-rusas y antisoviéticas en busca de una legitimación popular. Hasta el referéndum sobre la Unión (marzo de 1991, que obtiene el porcentaje más alto de voto afirmativo

precisamente en las repúblicas asiáticas) los grupos dirigentes de estas repúblicas proclaman su soberanía e independencia, pero al objeto de renegociar desde posturas de fuerza las posiciones perdidas. Estar en el seno de la Unión resultaba en todo caso más ventajoso que quedar fuera: en la configuración económico-social del mundo actual no se abandona una comunidad si no es con la perspectiva de incorporarse a otra. Sólo cuando la disolución económica y política de la URSS ya no pueda garantizar nada, el nacionalismo "conservador" de las repúblicas asiáticas se volverá separatista y dirigirá sus miras a otras potencias regionales, como Turquía o Irán.

Más que anticentralista y antisoviético, este nacionalismo se volverá peligrosa y trágicamente contra las otras nacionalidades de la periferia, para reivindicar territorios, redefinir fronteras, expulsar a los "extranjeros". No se trata sólo de la guerra entre armenios y azeríes, sino de enfrentamientos que involucran a buena parte de las nacionalidades del Cáucaso, de Transcaucasia y del Asia central. Tales enfrentamientos evidentemente no pueden explicarse recurriendo sólo a los rebrotes del pasado o a la ordenación de regiones autónomas, repúblicas y sus respectivas fronteras en los años Veinte y Treinta en un batiburrillo de etnias extremadamente complejo.

Esta ordenación de las fronteras que inevitablemente ha actuado en no pocos casos de modo arbitrario, es sólo el pretexto para conferir legitimidad al enfrentamiento y encauzar el resentimiento social hacia objetivos nacionalistas. Ese nacionalismo puede pues ser comprendido si se piensa como forma desviada y desplazada del resentimiento social no reconocido, de la lucha de clases ocultada; ideología y pasión substitutivas que vienen a colmar el vacío dejado por la crisis de la ideología soviética y el pánico que provoca la propuesta de un rápido y socialmente doloroso paso al mercado; así como medio a través del cual las viejas clases políticas buscan legitimación popular y se reciclan como líderes nacionalistas. Justamente porque los cimientos de su legitimación para gobernar son muy débiles, buscan espacio alimentando cada vez más la espiral nacionalista.

Emparejado a este nacionalismo "asiático", de quien se ha empobrecido por el estancamiento y ve posteriormente agravada su posición por la política de la *perestroika* y del paso al mercado (no es casual que el manifiesto de los intelectuales asiáticos de 1988 apele a los principios leninistas contra la *perestroika*), entre 1987 y 1991, se concita, cada vez con más fuerza, un nacionalismo "báltico-europeo", que inicialmente parece querer batirse por la

democratización de la sociedad soviética; pero que muy pronto se manifiesta como explícitamente separatista. Es ejemplar al respecto la historia de los Frentes nacionales de los países bálticos, en una primera fase aliados de Gorbachov contra los "conservadores". Cuanto más se encamina la *perestroika* hacia la "economía de mercado", las privatizaciones y la ruptura de todo el precedente sistema soviético, tanto mayor se hace la reivindicación separatista de las repúblicas bálticas. Aquí se inserta también otro elemento: la atracción y la ilusión, ampliamente alimentada por el Vaticano y por Occidente, del mercado europeo: salir de la URSS para "entrar en Europa", en el mercado occidental. El nacionalismo de los bálticos, si no conduce a guerras por la definición de las fronteras, es igualmente excluyente para con todos aquellos que - rusos, polacos, bielorrusos, ucranianos - constituyen minorías nacionales en los nuevos estados independientes. Las constituciones promulgadas en estos países excluyen de los derechos civiles a todos los inmigrantes hasta la segunda y tercera generación. El patente carácter parafascista de tales medidas viene acompañado con los proyectos de restauración y restitución de las propiedades a los antiguos propietarios expropiados y pone en evidencia como el nacionalismo báltico no era sólo antisoviético en tanto que anti-ruso (y anti-

ruso en tanto que independentista, en oposición a la conquista rusa), sino antisoviético en tanto que fundamentalmente dirigido por fuerzas fascistas y procapitalistas.

Entre estos dos nacionalismos - "asiático" y "europeo" - se puede colocar también el nacionalismo ruso, al que apelan, desde distintas posiciones, tanto el partido burgués del mercado y de las privatizaciones, como el partido que pretende conservar la estructura existente. El surgimiento de este nacionalismo contribuye en cualquier caso a debilitar a la Unión soviética: Eltsin, lo usará explícitamente, desde el momento en que es elegido presidente de la Federación rusa, para contraponerlo a la URSS - en la lucha por el poder entablada con Gorbachov - hasta su disolución en diciembre de 1991.

A medida que la organización económica soviética se desmantela y se paraliza por las contradictorias reformas gorbachovianas, sin que se divise en el horizonte la perspectiva de una nueva economía, se acentúa la crisis del Estado soviético y crece la tendencia a la fragmentación y a la constitución de Estados totalmente independientes. El nacionalismo, con todo el peso y la fuerza que hereda de la tradición, se convierte en ideología que colma el

vacío producido por una crisis ideológica y de identidad sin precedentes que concommitan la Unión soviética. Pero es también la ideología mediante la que se relegitima ante las masas gran parte de la clase política que ha dirigido el partido y gobernado el Estado en la URSS: Eltsin, *ex-aparatik*, se presenta a las masas como anticomunista y buen nacionalista ruso; y esto, salvo contadas excepciones, se verifica en todas las repúblicas de la ex-Unión.

Los nuevos Estados-nación que surgen en la periferia de Rusia, no son ni económica ni políticamente autosuficientes: abandonan la URSS para entrar, de inmediato o en perspectiva, en otras órbitas y esferas de influencia y resultan ya en objeto de contienda entre los grandes imperialismos (Alemania, Japón, USA) o entre algunas potencias regionales: es el caso del Cáucaso y del Asia central, por las que se interesan Turquía e Irán.

BIBLIOGRAFIA

AA.VV., *L'ita o fine de la prestrojka*, Roma, Ed. L'Unità, 1990.

J.U. Arutjunjan, L. Dobizheva, *I russi nelle repubbliche*, en *Europa Europe*, 1992, n. 2.

G. Bensi, *Nazionalità in URSS. Le radici del conflitto*, Milano, Xenia, 1991.

J. Bromlej, *Los problemas nacionales en la URSS*, Moscó, Progreso, 1991.

M. Buttino - 1989, *I gruppi etnici in Unione Sovietica*, en *Abitare il pianeta*, Torino, Ed. Fondazione G. Agnelli, 1989.

M. Buttino - 1992, *La fine dell'Unione sovietica: la Russia, i russi e il russo*, en *Europa Europe*, 1992, n. 2.

E. H. Carr, *La rivoluzione bolsefica* (hay edición española: *Historia de la Rusia soviética. La revolución bolchevique*, Trad. de Soledad Ortega, Alianza Editorial).

H. Carrère d'Encause, *Esplosione di un impero?*, Roma, Ed. E/O, 1980.

D. Dragunskij, *Le alternative postimperiali per la Russia*, in *Europa Europe*, 1992, n. 2.

K. Gusev, V. Naumov, *Urss - breve ensayo histórico*, Moscú, Progreso, 1981.

S. Kaltaiján, *La teoría marxista-leninista de la nación y la actualidad*, Moscú, Progreso, 1987.

G. Kublitski, *El pueblo soviético*, Moscú, Novosti, 1984.

V. Lelchuk, Y. Poliakov, A. Protopopov, *Historia de la sociedad soviética*, Moscú, Progreso, 1974.

M. Lewin, *L'ultima battaglia di Lenin*, Bari, Laterza, 1967.

G. Ortona, *La popolazione complessiva e per repubbliche dell'Unione Sovietica*, in *Abitare il pianeta*, Torino, Ed. Fondazione G. Agnelli, 1989.

A. Salmin, *Le relazioni statali e nazionali nell'ex URSS*, in *Europa Europe*, 1992, n. 2.

S. Salvi, *La mezzaluna con la stella rossa*, Genova, Marietti, 1993.

J. Stalin, *El marxismo y la cuestión nacional*, trad. Lenguas Extranjeras Moscú, Akal Editor, 1977.

J. Stalin, 1954, *Socinenija*, tomos 1-13, Moskva, Politizdat.

V. Zaslavsky, *Dopo l'Unione Sovietica*, Bologna, Il Mulino, 1991.